



# La amistad

---

Discurso del maestro Alireza Nurbakhsh  
en el círculo de los *darwish*

Los sufíes se refieren a Dios como el Amigo (*dust*). Esto se deriva del versículo coránico: *Dios les amará y ellos le amarán a Él* (5,54). La interpretación de los sufíes de este versículo es que lo que origina nuestro amor hacia Dios es el amor de Dios hacia nosotros. El sufí persa del siglo XIII Fajr-ol Din 'Erāqi define la amistad con Dios como una relación mutua en la que el amor de Dios precede al amor del viajero por Él. 'Erāqi escribe: «La amistad es la precedencia del amor de Dios [hacia Sus criaturas] en la preeternidad [antes de la aparición de la creación]». Dicho de otro modo, Dios es el Amigo porque es Él el que instila en nosotros la experiencia del amor y la amistad. Esto se puede interpretar, desde el

punto de vista sufí, como que un amigo es alguien que nos lleva a experimentar amor y simpatía.

Pero hay una razón más profunda para referirnos a Dios como el Amigo. En nuestra opinión, la razón para ello es que mediante el acto de la amistad uno puede experimentar la unicidad. Con esto nos referimos a la experiencia en la cual uno no se ve a «sí mismo» como separado de los demás. Esta pérdida gradual de atención hacia uno mismo puede comenzar con el sentimiento de empatía por los demás, después convertirse en un sentimiento de identificación con ellos y, a veces, culminar en la experimentación de la unicidad, en la cual uno ya no es más consciente de separación alguna entre él y los demás. El sufí persa del siglo XIV

Mohammad Shirin Maqrebi escribió el siguiente poema sobre esta experiencia:

*El Amigo espiritual llamó anoche a mi puerta.  
 “¿Quién es?”, pregunté.  
 Él respondió: “Abre la puerta, ¡soy tú!”.  
 “¿Cómo puedo yo ser Tú?”, pregunté.  
 Dijo: “Somos uno,  
 pero el velo nos ha envuelto en dualidad.  
 Este nosotros, este yo, este tú y yo,  
 se han convertido en tu velo,  
 ¿por qué te ocultas de Ti tras este velo?  
 Si quieres saber cómo todos soy Yo,  
 ve más allá de ese yo, ese nosotros, ese tú”.*

El acto de la amistad es diferente del amor. En una relación de amistad, ambas partes se quieren y se benefician entre sí. Esta reciprocidad puede no existir en el amor, pues podemos amar a otra persona sin que recibamos nada a cambio e incluso sin que sepa que la amamos.

Aristóteles fue uno de los primeros filósofos de la antigüedad en escribir sobre la naturaleza de la amistad. En su *Ética a Nicómaco* expone tres razones principales por las cuales alguien entabla amistad con otra persona: placer, utilidad y buen carácter. De estas tres, Aristóteles consideraba que sólo la amistad basada en el buen carácter puede llegar a desembocar en una amistad perfecta, y la razón de ello es que sólo en ese tipo de amistad uno puede amar a otra persona por ella misma. En la amistad basada en el placer o la utilidad, incluso aunque podamos reportarle beneficios a la persona, el motivo básico es nuestro beneficio.

Según Aristóteles, el verdadero amigo es quien no sólo nos quiere por ser quienes somos sino aquel que nos desea lo que es bueno para

nosotros. La amistad es una relación de buena voluntad recíproca en la cual cada parte quiere a la otra por ser como es y siempre desea para ella lo que le sea beneficioso.

Hay dos aspectos en la visión de Aristóteles sobre la amistad que son relevantes para nuestra comprensión de la amistad desde el punto de vista sufí. El primero es que una amistad perfecta o verdadera no debe estar basada en ningún motivo ulterior. Cuanto más queramos a una persona por ser como es, más cerca estaremos de no experimentar nuestro «ego» en el acto de la amistad. La eliminación de motivos ulteriores en nuestra amistad con los demás nos acerca a la experimentación de la unicidad, pues es nuestro deseo de beneficiarnos en primer lugar lo que nos mantiene alejados de esta experiencia.

El segundo aspecto en la teoría sobre la amistad de Aristóteles es lo que denominó *eunoia*, que significa «buenos deseos» o «desear lo que es bueno para los demás». Aristóteles no explica el concepto, pues asume que está suficientemente claro. Según la visión sufí de la amistad, «desear lo que es bueno para los demás» no se limita a desear lo mejor para el otro, sino que integra otros dos principios fundamentales.

El primer principio es la aceptación de los amigos tal como son, sin criticar sus defectos. Los amigos no «ven» faltas mutuas, pues «ven» al otro como parte de la globalidad, del «Uno». Hay una historia sobre Ebrāhim Adham, un sufí persa del Jorasán del siglo IX, que en una ocasión recibió la visita de un extraño. Cuando iba a irse después de estar unos días con él, le pidió que le hiciera saber si había detectado en él algún defecto. Ebrāhim le contestó: «No vi en ti defecto alguno, ya que te miré con el “ojo” de la amistad y, por lo tanto, todo en ti me resultó placentero».



El segundo principio es que los buenos deseos para los demás deben entenderse como querer para ellos lo que es bueno con prioridad sobre lo que queremos para nosotros, de ahí que para el sufí el bien para los amigos tenga prioridad sobre el bien que uno desea para sí mismo.

Los sufíes también se refieren como amigo al guía espiritual, y la relación entre el maestro y el discípulo a menudo se describe en el sufismo como una relación de amistad. Sin embargo, el significado de los «buenos deseos» es diferente en este contexto. Puede decirse que para Aristóteles tanto el dador como el receptor de los buenos deseos deben ser conscientes de este acto. Es así como los amigos aprecian y disfrutan de su amistad, y esto mismo está implícito en la descripción dada antes sobre la amistad en el sufismo.

Pero en el contexto de la relación del guía espiritual con el discípulo, lo que «es bueno para el otro» puede no ser lo que el discípulo desea; bien al contrario, puede ser desagradable e incluso

doloroso. Esto se debe a que la mayoría de nosotros somos prisioneros de nuestro ego y, por lo tanto, sólo consideramos el comportamiento de los demás hacia nosotros como de «buenos deseos» si satisface nuestras ambiciones y deseos. El guía espiritual en el sufismo es alguien que, sin expectativa alguna de reconocimiento o gratitud, utiliza cualquier oportunidad para enfrentarnos con nuestro *nafs* (ego) y descubrir así nuestras imperfecciones, al tiempo que nos ayuda a superar nuestros defectos. Esto puede suscitar en ocasiones dolor o ira hacia nuestro guía, pues normalmente reaccionamos negativamente cuando alguien nos hace ver nuestros defectos.

Rumi cuenta en su *Masnami* la historia de Zolnun, un maestro sufí egípcio del siglo IX que fue encerrado en el manicomio por su propia gente al no poder tolerar su extraño comportamiento. En una ocasión, un grupo de supuestos amigos fueron a visitarle. Cuando iban a entrar en su habitación, Zolnun les preguntó quiénes



« ¡Oh Amigo! »

eran, a lo que respondieron que eran sus amigos. En cuanto Zolnun lo oyó, empezó a actuar como un loco y a insultarles, por lo que huyeron inmediatamente. Rumi agrega:

*Zolnun estalló en carcajadas, agitando su cabeza:  
“Mira la palabrería de los que se dicen mis amigos”.*

*Un amigo nunca se siente abrumado  
por el sufrimiento que le llega de su amigo,  
porque la amistad es como la cáscara,  
y el sufrimiento, la semilla.*

*El signo de la amistad  
no se aprecia en los buenos momentos,  
es en los tiempos de calamidad y sufrimiento  
cuando conocemos a nuestros amigos.*

*El amigo es como el oro y el sufrimiento como el fuego,  
el oro puro se manifiesta en el seno del fuego.*

El comportamiento de Zolnun era de hecho un acto de buenos deseos, pero los presuntos amigos carecían de la visión necesaria para per-

cibirlo así. Él les dio una oportunidad de tomar conciencia de su hipocresía y falta de sinceridad, una oportunidad que no percibieron o no quisieron aceptar, y por ello continuó pagando el precio de sus buenos deseos siguiendo encerrado en el manicomio.

De lo que carecían los amigos de Zolnun era de la cualidad de la confianza en su amigo. Es a través de la confianza en nuestros amigos como les damos la oportunidad de exponernos a su cariño esencial. Es a través de la confianza en nuestros amigos como podemos aceptarlos tal como son y creer que quieren lo que es mejor para nosotros por encima de todo. La expresión «confianza en Dios» significa aceptar, en un sentido profundo, lo que nos ocurre en el transcurso de nuestras vidas, pues Dios, como Amigo, siempre quiere lo que es bueno para nosotros, aunque no siempre lo percibamos como tal.